



Imagen 1.-Una panorámica del puerto de Tarifa tomada hace años. Foto: Francisco Ruiz Márquez

Una mirada atrás. Un paso adelante

Francisco Ruiz Márquez

Desde la perfecta atalaya de El Miramar, lugar en el que se domina en toda su extensión la majestuosidad del Estrecho y las costas de África, la sola visión del puerto tarifeño, tan cerca, hace sentir en su memoria una sucesión de imágenes y sensaciones inolvidables, recordando uno de los lugares preferidos por el protagonista de esta historia.

Los recuerdos de su infancia van unidos indeleblemente al ambiente, a las personas y a los motivos del puerto: La base naval, junto a las murallas del castillo de Guzmán y La Caleta; los muelles que guardaban las lanchas torpederas de La Marina; los barracones-talleres junto a ellos; los barcos de pesca; el muelle del Santo; la lonja pesquera; el varadero; la playa chica y el castillo de Santa Catalina, junto a la puerta de entrada al muelle pesquero, y los amigos que encontró en ese complejo mundillo.

Todo comenzó en los principios de los años 40. El motivo fue la construcción de este puerto. En él confluyeron los abuelos del protagonista de esta narración. El abuelo paterno, que vino con toda la familia, destinado como contramaestre de Marina para la zona pesquera del puerto; el materno, que llegó como maestro herrero, acompañado de una de sus hijas, participando activamente en dicha construcción hasta su final. Sus hijos se conocieron en aquel ambiente y entre ambos germinó el amor, que des-

embocó en matrimonio y como resultado, en su nacimiento.

Cuando tuvo ya unos años, el pequeño, de la mano del padre, comenzó a frecuentar los ambientes del puerto y ello le llevó a conocer, de primera mano, todo lo que se movía en torno al mismo, tanto de personas como de cosas. Así conoció a Rafael Coca Alfonsín, jefe del Observatorio de Marina de El Camorro; al capitán Joaquín Villa; al oficial de la Armada José Bravo, (padre de Yolanda la matrona); a Luís Celaje y otros muchos personajes inolvidables, la mayoría pescadores, pues todos tenían en común ser amigos de su abuelo y de su padre. Tuvo oportunidad, infinidad de veces, de visitar la base naval, una vez conocido a los diferentes mandos intermedios y civiles que trabajaban en su interior (entre ellos un suboficial apellidado Padilla), con el que conversaba largos ratos en el cuerpo de guardia, visitando sus instalaciones, como si de su propia casa se tratara y aprovechando, en días señalados de la semana, la proyección de películas mudas en blanco y negro, la mayoría de las veces protagonizadas por Stand Laurel y Oliver Hardy, (los famosos *el gordo y el flaco*) y por Charles Chaplin (*Charlot*), así como otras variadas, pero siempre con argumentos de aventuras, Oeste o comedias de risa. Allí coincidía con otros amigos del pueblo, que también aprovechaban aquellas coyunturas

para divertirse “como cosacos”.

Fue testigo en alguna ocasión, en las primeras horas del día, de la llegada de un pequeño falucho de madera, a motor y timón exterior, de nombre *Diamante*, tripulado por personal marroquí, que procedente de Tánger, arribaba cada día al muelle chico, para dejar paquetes con el diario *España* de aquella ciudad, los cuales eran recogidos por un vehículo que los trasladaba hasta Algeciras. En Tarifa los vendía la librería de Ruffo y el niño los leía, junto a su padre. Mientras el progenitor repasaba las noticias generales, el pequeño se encargaba de mirar la tira cómica de *Lolita* y después terminaba por leerse todo el periódico.

En sus recuerdos de niño-adolescente, no se le olvida que, durante un tiempo, en el mes de septiembre y procedente de Ceuta, atracaban en la zona del muelle pesquero, un dragaminas de la Armada y, finalmente, un barco de la compañía del Mar denominado *Capitán Parra*, del cual desembarcaba un buen número de peregrinos que venían exclusivamente para recibir a la Virgen de La Luz el día de la cabalgata de feria. Siempre se ha sabido que, en Ceuta, a pesar de que su patrona es la Virgen de África, ha habido un fuerte vínculo y devoción con la Patrona de Tarifa.

En principio, de la mano del padre y posteriormente ya por sí mismo, visitaba los distintos lugares del puerto, tanto en la zona de La Marina, como en la civil y pesquera, llegando a conocer todos los lugares donde estaba permitido hacerlo, incluida la pequeña oficina que en el muelle pesquero, (entre la zona de la punta del gas-oil y la lonja) tenía su abuelo, para sus gestiones con los barcos de pesca y sus tripulaciones, cuyas documentaciones (roles, cartillas, etc) llevaba a la Ayudantía de Marina, sita en la calle Guzmán El Bueno (junto a la entrada principal del castillo). Allí trabajaba, entre otros, José Serrano *Serranito*, también amigo de sus ascendientes.

En el exterior del puerto conocía los distintos establecimientos y lugares que frecuentaba su padre, tales como los bares y cafés *el Marino*, (frente a la puerta del castillo), *el Alameda*, (donde trabajaba de camarero) y cuyos propietarios fueron José Blanco *el Quemao* y el brigada “Rubio”; el bar *los Faroles* en la calle

Santísima Trinidad; el bar *Sin nombre* de Antonio Amar, *el Conilato* en la calle Inválidos; la freiduría de José Muñiz *el Gallego*; el café de Curro Villalta, en la calle Colón y por su singularidad, el bar de *Buchito*, una especie de kiosco de madera, desvencijado, enclavado a los pies del castillo de Santa Catalina y cercano a la puerta principal del muelle pesquero, donde en los días de frío, servían en pote un café “de pucherete” negro como el carbón, con una pizca de licor y mucho azúcar, que aunque en principio sabía a demonios, después lo agradecía porque calentaba el cuerpo y hasta el espíritu.

Su padre acostumbraba a llevarlo periódicamente a cortarse el pelo en la barbería de *Perra Chica* (frente al asilo de San José), y lo hizo hasta que cumplió los 14 años aproximadamente, ya que, con independencia de que el corte de pelo era a capricho de su padre: ¡¡pelao alemán¡¡, ¡¡al uno¡¡, etc) cuando *Perra Chica* terminaba la faena siempre le pegaba “un cosqui” que le fastidiaba una barbaridad, así que, cuando pudo pagarse él mismo el trabajito, se marchó por el sistema de “a la francesa” a otra barbería, y no volvieron a verle el pelo (nunca mejor dicho), jamás.

En sus ratos de ocio y dependiendo de la estación del año, sus juegos con los grupos de muchachos, amigos de infancia, se desarrollaban entre las peñas del torreón del castillo, tanto el de Guzmán como el de Santa Catalina, en la zona de La Caleta; en la playa chica (Los Lances estaba totalmente prohibido por sus padres), así como en la zona de El Retiro, donde se celebraban normalmente los partidos de fútbol (con balones especiales confeccionados con papel de periódico y con trapos). En estos partidos que siempre él organizaba, llevaba como premio para el vencedor, una colección de cromos de un equipo de fútbol de 1ª (casi siempre el Atlético de Bilbao) junto a un dibujo del escudo del club que pintaba a mano en la misma cartulina de los cromos. Naturalmente en los días de fiesta, los puntos de encuentro eran La Alameda y La Calzada (junto a San Mateo), paseos de primavera-verano y otoño-invierno, respectivamente.

Por razón de zona, pertenecía al grupo de chavales de La Cruz de Los Caídos (Plaza Oviedo) y el Barrio del Moral, de los cuales recuerda a Joaquín Méza *el Boga*, Luis López,

Juan Fuentes, Juanini Sandoval, Miguel Blanco, *los Chiquiri*, Manolo *el Garbancito*, Manuel Peinado, Diego Montano..., aunque hubo otros muchos cuyos nombres no recuerda, participando con ellos en sus juegos; enfrentándose in finidad de veces con los llamados *Micos* de la zona del Cerro y Boquete de la Cilla y, aparte de los juegos del fútbol, también tenían encuentros y luchas con espadas de madera, y auténticas guerrillas con ondas y piedras en los alrededores de las murallas y torreones de la Calzadilla de Téllez, que a veces terminaba con algún herido por una pedrada, pero siempre con mucha suerte, al no tener relevancia grave para ninguno de ellos.

Por supuesto, que acudía cada día al colegio Miguel de Cervantes de *la Ranita*, donde cursó sus estudios de primaria hasta los doce años. También visitaba con asiduidad la biblioteca instalada en La Alameda (actual oficina de turismo), donde “devoraba” libro tras libro. La encargada le advertía, casi siempre en la hora del cierre, que debía marcharse a casa.

Con ocho o nueve años se integró en el numeroso grupo de niños que estudió música en el local de Juventudes de El Miramar, y, cuando llegó el momento, salieron a la calle, en principio como rondalla y, posteriormente, como banda infantil de música, bajo la batuta del inolvidable maestro Imeldo Ferrera. Como componente de ambas formaciones, tuvo la oportunidad de visitar numerosas poblaciones del Campo de Gibraltar y de la provincia, así como varias ciudades del resto de España, siendo especialmente importantes las visitas realizadas a Madrid (donde actuaron en TVE) y a Burgos, privilegio que, en aquellas fechas, pocos niños tuvieron. Este periodo de su vida, aparte del caudal de conocimientos musicales y culturales que atesoró, sirvió para la formación cívica y humana de todos sus integrantes y, especialmente, para ver la vida de forma diferente y comenzar a otear otros horizontes desconocidos hasta entonces por todos ellos.

Al son de pasacalles, pasodobles, valeses, zarzuelas y obras clásicas, vivieron esos años dentro de la felicidad absoluta de los niños; aunque en su caso, no continuó la enseñanza musical, pero sí quedó prendido en él, el amor a la música y con ella consiguió conocer un senti-

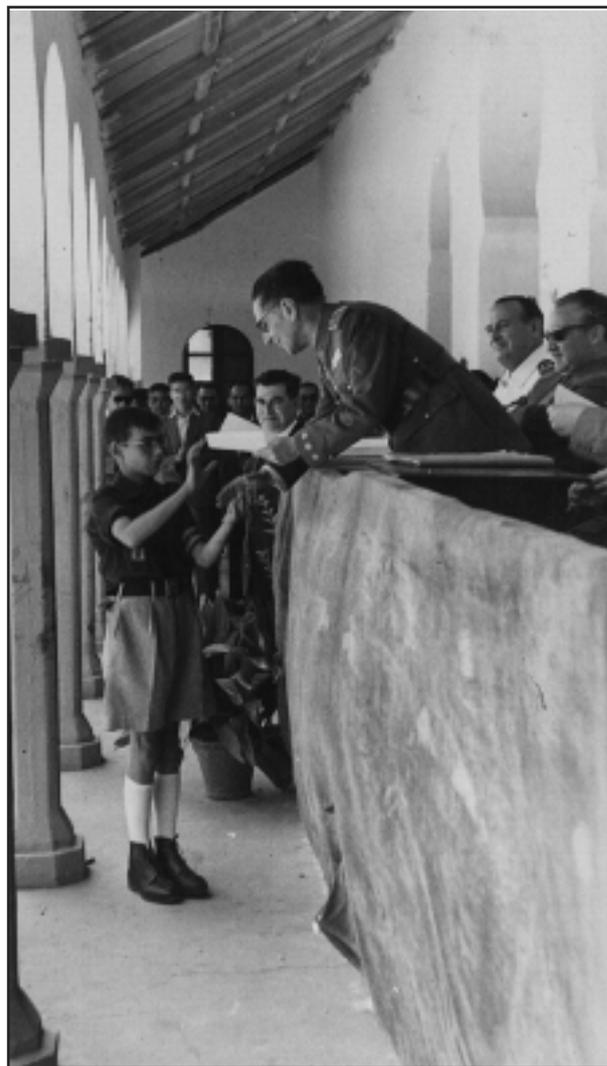


Imagen 2.- El autor de este artículo recogiendo el certificado de estudios. Foto: Romero (Archivo Municipal de Tarifa)

miento nuevo, que perdura en el tiempo.

La satisfacción que le causó recibir aquel certificado de estudios primarios, no se le olvidaría nunca. Sucedió en un mes de julio del año 1959, dentro de un acto celebrado en el colegio de niñas Virgen de La Luz de El Retiro, con la presencia de las máximas autoridades civiles y militares tarifeñas de aquellos tiempos, cuya cabeza visible era el alcalde Juan Antonio Núñez Manso; público en general, los familiares del total de seis niños (tres niños y tres niñas) y bajo la atenta mirada de sus padres, recibió este documento, como resultado de la culminación con aprovechamiento de sus estudios primarios. Todo esto aconteció en un Tarifa que vivió la dureza de los años 50-60 y, a sus doce años de edad, para él suponía de golpe, pasar de la infancia feliz hacia la adolescencia, sin una perspectiva de futuro clara, sabiendo por

información recibida de sus propios maestros que, en su pueblo natal, ya no podría seguir estudiando. Era Algeciras el lugar más próximo para continuar con los estudios secundarios (el bachiller de antaño), encontrándose entonces con la problemática de su familia, inmersa en una crisis social y económica, por grave enfermedad de su padre, causa por la que no pudo proseguir dichos estudios.

Algo le quedó claro de todo aquello: saber que su horizonte dependía solamente de él mismo y consecuentemente, comenzar a dar un nuevo giro a su vida, que le ayudaría a seguir adelante con decisión y responsabilidad, y siguiendo la máxima de cierto pensador que dijo: *“Para lograr un objetivo es necesario soñar”*; todo ello unido a las directrices y sabios consejos de sus tíos y consejeros Diego Ojeda y Luís Álvarez, y por supuesto, el de sus padres, que fue determinante.

Aunque durante algún tiempo, en su adolescencia continuó haciendo vida normal, ayudando en lo que podía a su familia, pronto tuvo que ponerse a trabajar. Fue distribuidor de tortas y dulces por cuenta ajena y posteriormente de forma autónoma. Con diez y seis años comenzó a trabajar en un obrador de confitería

sito en la calle Gravina del Barrio del Moral, como ayudante de pastelero; distribuyendo dulces hasta la propia confitería sita en la calle Colón, junto al mercado de abastos y a diversos clientes en sus domicilios; cobrando facturas de la misma y ayudando, en sus ratos libres, en el despacho de la confitería, a su amiga Antonia.

Al cumplir los dieciocho años, haciendo honor a su propia palabra, se auto-señaló el camino dando “un paso adelante” hacia un posible y esperanzador futuro, por desgracia fuera de su Tarifa querida, como tuvieron que hacer otros muchos jóvenes tarifeños de aquella época.

Y todo ello, a pesar de las promesas del Alcalde de entonces, en la presentación del programa de feria del año 1966, que en lo relativo al “Resurgir de Tarifa”, dentro del llamado Plan de desarrollo del Campo de Gibraltar, creado en Madrid, y donde según decía: *“La apertura de la ciudad para los tarifeños hoy ausentes, que volverán para siempre con nosotros, porque ya tendrán asegurado por largos años, con su propio bienestar, el porvenir de sus hijos”*. Se puede afirmar que ¡¡No fue así!! y estas promesas, como otras tantas veces..., quedaron en “agua de borrajas”. ■

Boletín de suscripción

Les pido que, a partir de la fecha, me suscriban gratuitamente a la revista **ALJARANDA** y la envíen a la siguiente dirección:

Apellidos: _____

Nombre: _____

Domicilio: _____

Población: _____ C.P. _____

Provincia : _____ Fecha: _____

Firma:

Envíe este boletín de suscripción, o fotocopia del mismo, a la siguiente dirección:

Revista **ALJARANDA**, Servicio de Suscripciones.

C/ Amor de Dios, núm. 3 11380 Tarifa

o al correo electrónico cultura@aytotarifa.com